



Mesa redonda 30 años del Cedes

› Apertura: Silvina Ramos, directora del CEDES	2
› Oscar Oszlak	3
› Catalina Smulovitz	7
› María del Carmen Feijoo	10
› Roberto Bouzas	14
› Cierre: Silvina Ramos, directora del CEDES	16

Apertura: Silvina Ramos, directora del CEDES

Buenas tardes a todos y todas. Muchas gracias por acompañarnos en este día. Cuando en el CEDES comenzamos a conversar acerca de cómo celebrar nuestros 30 años imaginamos propuestas de diverso tipo, envergadura y laboriosidad. Dimos vueltas alrededor de cada una de ellas hasta que nos dimos cuenta que lo que más deseábamos era hacer una fiesta para compartir con amigos y colegas, una fiesta para celebrar los gratos recuerdos de estos 30 años, una fiesta también para agradecer todas las colaboraciones que recibimos y que nos dieron la oportunidad de sostener y hacer crecer nuestra institución.

Por eso los hemos invitado a ustedes, para celebrar con una fiesta. Por eso también hemos convocado a esta fiesta a los amigos que están sentados en esta mesa, para que nos hablen de sus recuerdos y a través de ellos, de nuestra institución.

Las instituciones son siempre algo más que la gente que la conforma, pero sin embargo, viven al compás de los estilos y las historias de quienes trabajan en ellas. Por esto, para esta celebración quisimos compartir las historias de algunos de quienes formaron parte del CEDES en diferentes épocas, junto con la historia de un colega de “afuera del CEDES” pero con quien compartimos muchos de estos años de trabajo, más que discutir ideas, lo que sin duda hubiera sido una opción razonable para la celebración de los 30 años de un centro académico.

Antes de presentar a quienes nos acompañan, lo que en verdad está un poco de más tratándose de quienes son y de una audiencia como ésta, quiero en nombre de todos mis compañeros y compañeras del CEDES agradecer muy especialmente la presencia de Esther, la mujer de Leandro Gutiérrez; de Leah y Federico, los hijos de Dorita Swartztein y Enrique Tandeter; de Cristina, Juan Francisco y Agustín, la mujer y los hijos de Juancho Llovet; de Gabriela, la hija de María Grossi; y de Yenny y Martín, la esposa y el hijo de Oscar Landi. Esta celebración es también un homenaje a ellos, quienes nos acompañaron en la construcción del CEDES y dejaron sus huellas en nuestra institución. Muchas gracias a sus familias por estar aquí.

Queremos también agradecer a quienes nos acompañan en la mesa. A Oscar Oszlak, fundador del CEDES junto a otros entusiastas investigadores e investigadoras a quienes él se referirá, y quien recientemente se reintegró al CEDES.

A Catalina Smulovitz, directora del Departamento de Ciencia Política y Estudios Internacionales de la Universidad Torcuato Di Tella, quien fue una joven investigadora del CEDES durante algunos años integrando el equipo de ciencia política;

A María del Carmen Feijoó, quien se desempeña actualmente como oficial de enlace del Fondo de Población de Naciones Unidas y que fue investigadora del CEDES en el área de sociología, compartiendo con nosotros los años difíciles de la dictadura y también las alegrías de la recuperación de la democracia; y

A Roberto Bouzas quien como investigador de FLACSO y director de la Maestría en Relaciones y Negociaciones Internacionales de la Universidad de San Andrés también ha sido un compañero de ruta.

Y antes de dar lugar a sus palabras, quiero agradecer al Malba por habernos cedido generosamente su espacio y acompañarnos con entusiasmo en la organización de esta fiesta y también quiero contarles que luego de la mesa nos espera un cocktail en el que tendremos tiempo para celebrar con cada uno de ustedes.

› **Oscar Oszlak:**

Que una institución cumpla tres décadas de vida, en un país que ha dado múltiples pruebas de inestabilidad y discontinuidad en todos los órdenes, es un hecho destacable. Que lo haya logrado, habiendo nacido en circunstancias dramáticas para el país y sobrevivido luego al autoritarismo, el exilio, la censura, las crisis económicas e institucionales, la centrifugación que acompaña a la democracia o el desprecio de algunos gobernantes por la ciencia, es un verdadero milagro.

Sin duda, el CEDES echó raíces firmes desde su primer día de vida. O, tal vez, desde su encarnación previa en el viejo Instituto Di Tella, del cual fue un desprendimiento indirecto. Como sobreviviente del grupo de fundadores, mis colegas me encomendaron y asumí gustoso, la honrosa tarea de evocar y reconstruir algo de la historia que rodeó a la creación del CEDES.

Formalmente, el Centro inició sus actividades el 1º de Julio de 1975. Y sus fundadores fuimos Guillermo O'Donnell, Marcelo Cavarozzi, Horacio Boneo y yo. ¡Éramos tan jóvenes! Hasta el día anterior a esa fecha, veníamos funcionando, junto con otros queridos colegas, en el Centro de Investigaciones en Administración Pública (CIAP). El CIAP había sido creado en la segunda mitad de los años 60s, a partir de un proyecto del Instituto Di Tella, que contó con un subsidio especial de la Fundación Ford para fundar el primer centro de investigación en esta especialidad. Para eso había organizado un riguroso proceso de selección de diez becarios, a quienes se nos otorgó financiamiento para realizar estudios de doctorado en universidades norteamericanas y europeas. Como director del Di Tella, Enrique Oteiza fue el principal responsable de esa selección. Integraban el grupo, por orden aproximado de regreso al país, Jorge Roulet, Horacio Boneo, Roberto Martínez Nogueira, Marcelo Cavarozzi, Oscar Oszlak, Julio César Neffa, Roberto Salomón, Guillermo O'Donnell, Jorge Federico Sábato y Dante Caputo.

El CIAP fue el último de los Centros de Investigación establecidos por el Di Tella en los años 60. Se sumó a los Centros ya existentes de Investigaciones Económicas, Sociales, de Educación, de Estudios Urbanos y Regionales, así como a los de Artes Visuales, el Latinoamericano de Estudios Musicales, el de Experimentación Audiovisual y el de Investigaciones Neurológicas. El Di Tella era la usina de mayor creatividad de aquellos años, a pesar de que el país vivía la que, hasta ese momento, parecía la más dura experiencia de autoritarismo militar de su historia.

En 1970, la crisis casi simultánea de la Fundación Di Tella y de la Fundación Ford, que sostenían ese esfuerzo, derivó en la transformación del CIAP en un "centro asociado", que casi dejó de recibir financiamiento del Instituto. La consultoría y la asistencia técnica se convirtieron entonces en la principal fuente de los modestos recursos con que el CIAP logró sobrevivir en los años iniciales de la década del 70, hasta que los ocho titulares que habíamos quedado del grupo original, decidimos separarnos del Di Tella a fines de 1974. Constituimos entonces un CIAP totalmente autónomo, que duró apenas seis meses. La historia menuda, que puedo aportar como protagonista, es que a raíz del ofrecimiento de un importante subsidio de la Fundación Ford, que posibilitaría una plena dedicación a la actividad de investigación, surgieron dos posiciones entre el grupo "francés" (Roulet, Sábato, Caputo y Lavergne) y el grupo "norteamericano" (Cavarozzi, Boneo, O'Donnell y yo): nuestro grupo se inclinaba por aceptar el subsidio para dedicarnos a la investigación; el grupo "francés" no lo aceptaba y prefería dedicarse a la asistencia técnica (aunque sólo por poco tiempo).

Y un día de otoño de 1975, en un bar de Cerrito y Córdoba que todavía existe, Guillermo, Marcelo y yo (con la posterior adhesión de Horacio) decidimos crear un nuevo centro, que ese mismo día bautizamos como CEDES. El grupo “francés” decidió entonces crear su propio Centro, al que bautizó como CISEA (Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración). Como nos unían lazos importantes, el grupo de los 8, reunidos ahora en centros separados e independientes, decidimos continuar físicamente juntos, para aprovechar una infraestructura común, a lo largo de más de una década que nos encontró primero cohabitando en un paquete edificio de la Av. Córdoba, para mudarnos luego a un degradado PH de la calle Hipólito Irigoyen, donde un día de represión policial a manifestaciones obreras se refugió por un rato Saúl Ubaldini. Finalmente, fuimos pioneros al instalar nuestros centros en el antiguo edificio de los 40 balcones y ninguna flor de Pueyrredón y Corrientes, el que con la sucesiva llegada de varios de los otros centros de investigación creados en esos años (casi todos exDi Tella), convirtieron al edificio en una suerte de Palacio de las Ciencias Sociales.

Sería muy largo historiar las sucesivas incorporaciones que, tanto el CEDES como el CISEA, fueron realizando desde su común fundación, y que multiplicaron en menos de una década sus magros elencos iniciales. Menciono, en nuestro caso, a Elizabeth Jelin (la primera en sumarse), a Guillermo Flichman, Adolfo Canitrot, Jorge Balán, Oscar Landi, Roberto Frenkel, Enrique Tandeter, Mary Feijóo, Juan José Llovet, Silvina Ramos, Mónica Gogna, Ana y José Fanelli, Laury Golbert, Inés González Bombal y otros que no alcanzo a recordar.

Esta es una reseña breve de algunos datos fundacionales del CEDES. Más allá de los hechos anecdóticos, vale la pena rescatar algunos elementos del contexto de la época para recordar algo del clima en el que iniciábamos esta aventura intelectual de 30 años.

Así como el Di Tella creció como reducto intelectual y artístico en los años de Onganía y sus sucesores, el CEDES y otros centros de ciencias sociales crecieron y se consolidaron bajo el régimen militar más brutal de nuestra historia. Esta situación paradójica merece un comentario aparte.

Habían pasado sólo 30 años desde la finalización de la II Guerra Mundial, la misma cantidad de tiempo que transcurriría desde entonces hasta hoy. Durante los primeros meses de vida del Centro, el mundo registraba acontecimientos trascendentes. Chile, Brasil y Uruguay ya habían iniciado sus largos autoritarismos militares; Portugal perdía sus colonias africanas; el Rey Juan Carlos I asumía el trono en España; y en Vietnam, se acababa la invasión norteamericana.

El día del nacimiento del CEDES, se cumplía el primer aniversario de la muerte de Perón e Isabelita cerraba su primer año de gobierno. Estábamos en medio de la famosa huelga general de Junio/Julio de 1975, encabezada por Lorenzo Miguel y la UOM. Pocos días antes, el ministro de economía Celestino Rodrigo, en reacción a la huelga desatada, había adoptado la política de devaluación monetaria que la historia lo recordaría con el aumentativo “Rodrigazo”. Julio de 1975 marcaba el fin del ciclo de crecimiento ininterrumpido que se había iniciado en el país en 1960, y que sería el más extenso de la historia económica posterior.

En el mismo mes de Julio, el fracaso de Rodrigo a quien apañaba el lopezrreguismo, la presión popular y las discusiones internas en el peronismo derivarían en la abrupta salida del país del brujo López Rega, poder en las sombras y creador de la tenebrosa AAA, que cada día sembraba las calles del país con cadáveres de militantes sociales.

Pronto Isabel renovaría la cúpula militar designando al frente del ejército al futuro dictador Videla, como parte de una política de endurecimiento hacia los grupos guerrilleros

que incluyó, además, el cierre de publicaciones opositoras, el Operativo Independencia, la guerra sucia y, finalmente, la larga dictadura militar.

Si se me pidiera que destaque el rasgo más significativo de los primeros años, diría que fue la fuerza centrípeta que creó el autoritarismo, al promover el refugio de la vida académica en los centros de ciencias sociales de la época. En 1966, la noche de los bastones largos había iniciado la proscripción de nuestros intelectuales de la vida universitaria. La esperanza que se abrió en 1973 para reinsertarnos en la universidad, se frustró apenas un año después, luego de la muerte de Perón y el violento giro a la derecha del gobierno. La Universidad del Salvador nos permitió por poco tiempo más, desarrollar la actividad docente, pero eso también se terminaría con la dictadura.

Fue en primer lugar la generosidad de nuestros sponsors, a la que se referirá nuestra directora, la que permitió que en la Argentina (y en otros países latinoamericanos) sobreviviera y se consolidara la investigación en ciencias sociales. Nadie requería nuestros servicios ni estábamos en condiciones de difundir nuestros trabajos bajo el clima de represión vigente. El CEDES figuraba en el “organigrama” institucional que Ramón Camps y sus secuaces habían construido en su paranoica visión de los enemigos intelectuales, y que nos incluía junto con la Universidad Nacional del Sur, la Fundación Bariloche, el Di Tella y otras instituciones colegas.

Nuestros contactos eran fundamentalmente externos, en especial latinoamericanos, como los grupos de estudio de CLACSO, el programa que constituimos con el CEBRAP de Brasil y el CIEPLAN de Chile, las relaciones casi de incógnito con el CIEDUR uruguayo, la docencia inicial de posgrado en FLACSO, entre otros. Y la intimidad del CEDES se extendía a múltiples formas de sociabilidad. Almorzábamos juntos. Habíamos instituido el te de las 5, donde nos reuníamos cada día. También jugábamos a las cartas (más precisamente, a la podrida) diariamente, con la particularidad, en los comienzos de esta actividad lúdica, que los perdedores debían soportar la humillación de preguntar a los ganadores qué tipo de alfajor preferían, antes de encaminarse a la panadería de Suipacha y Córdoba a comprar los respectivos pedidos de chocolate, dulce de leche o santafesinos. La excepción, que por razones obvias no prosperó, fue la media botella de vino bueno que Guillermo Flichman ofrecía en pago de sus casi diarias derrotas. Organizábamos fiestas. Nos imponíamos una rutina de duros seminarios internos, de los que pocos salían sin heridas o rasguños. Invitábamos a distinguidos colegas, como Fernando Henrique Cardoso, Ricardo Lagos o Albert Hirschman a compartir ideas y proyectos. Y generábamos lo que se dio en llamar “los círculos del CEDES”, una serie de mecanismos de integración de otros colegas a la vida del Centro, como el Club del Sábado, organizado por nuestro recordado Oscar Landi, en el que un grupo fiel se reunía en ese día para discutir artículos, documentos o borradores de libros. O el Programa de Formación de Jóvenes Investigadores, ante la falta de oferta académica de la Universidad. O la iniciativa de Cavarozzi de establecer los almuerzos con jóvenes políticos, en los que se intentaba generar un ámbito de discusión con las figuras que surgían en los partidos durante la transición a la democracia. Fueron años de intenso trabajo y creatividad, en los que se produjeron obras importantes, que contribuirían a establecer los fundamentos de una ciencia social crítica, orientada a rescatar la especificidad contextual e histórica de América Latina.

La democracia cambió la dirección de esa fuerza centrípeta, al centrifugar la vida de los centros. La demanda para cubrir elencos gubernamentales, la asistencia técnica, el ingreso a la universidad, la inserción en múltiples ámbitos de actuación institucional, la re-

tracción de algunas agencias donantes, produjeron efectos que en ciertos casos, desafortunadamente, condujeron al cierre de algunos centros.

Por suerte, en los duros años iniciales, el CEDES había logrado transmitir a cada uno de sus integrantes una lección básica de supervivencia: “no había que esperar que alguien se ocupara de proveer recursos para el funcionamiento del Centro. Cada miembro debía aprender a conseguir los suyos, socializando parte de los mismos”. Esta fue una de las claves de la supervivencia institucional. Otra fue la apertura hacia las generaciones más jóvenes, lo que permitió una renovación permanente, para salirnos del esquema que tenía en aquel entonces el ITDT, donde el promedio de edad de sus investigadores aumentaba un año cada año (lo cual ya no es cierto actualmente en la Fundación Di Tella). Y otro factor, tal vez, la rutinización del carisma inicial, cuando los titulares y debimos aprender a conducir profesionalmente el Centro, alternándonos en esa exigente tarea. Estas reflexiones están dirigidas especialmente a esta nueva generación, con la que tengo ahora la satisfacción de compartir mi vida académica en el CEDES luego de mi reciente reincorporación. Es ella la que deberá asumir el compromiso de la continuidad y la excelencia. Sería otro milagro poder celebrar con los jóvenes de hoy medio siglo de vida del Centro. Pero como se dice en la tradición judía, no hay que parar hasta los 120 años.

› **Catalina Smulovitz:**

Cuando Silvina me propuso que hablara en la celebración de los 30 años del CEDES, contesté con alegre inconciencia que lo haría. Era una oportunidad única para reencontrar a los amigos y a los maestros y para rememorar el entusiasmo y la excitación con la que varios de nosotros nos acercábamos, hace ya unos cuantos años, a la investigación social.

Recuerdo aún hoy la primera vez que fui al CEDES. En ese entonces aún estaba en el edificio de la calle Córdoba. Me abrió la puerta Leandro Gutiérrez. Yo era, entonces, una estudiante de sociología que llegaba en busca de bibliografía para un curso que Marcelo Cavarozzi y María Grossi dictaban en la Universidad del Salvador. Era mi primer contacto con ese jardín secreto. Se reunían allí personajes que escribían y discutían sobre cuestiones que aún hoy me encandilan.

En esos años el CEDES ya aparecía como el lugar en donde las Ciencias Sociales en la Argentina habían encontrado otro lugar para refugiarse. Y quizás sea esto lo primero que haya que celebrar respecto de lo que consiguió la fundación y consolidación del CEDES: su capacidad para construir un lugar para refugiarse y protegerse de dos de los desafíos que la década del 70 le impuso a las Ciencias Sociales en la Argentina. El desafío que implicaba confundir la práctica de la investigación social con la práctica política. Y el desafío de la represión política autoritaria que entendía que la investigación social debía ser eliminada porque era solo una máscara de conductas peligrosas. En esos años, en que las pasiones políticas fagocitaban la reflexión sobre lo social convirtiéndola en un instrumento más del conflicto político e ideológico, y en los que terrorismo estatal desmantelaba las carreras de ciencias sociales en la universidad y asesinaba o amenazaba a investigadores sociales, el CEDES junto a un puñado de otros centros consiguió construir un espacio autónomo que preservó y reactivó a las Ciencias Sociales en la Argentina. No fue un logro menor dado los retos que imponía el contexto. El CEDES pudo convertirse en ese refugio porque frente a la politización extrema, defendió la necesidad de mantener un espacio autónomo de reflexión, un espacio en donde, como un extranjero en un país desconocido, era posible preguntarse con educada ingenuidad ¿qué es esto? ¿Cómo llegamos hasta aquí?

No creo que podamos saber cómo el CEDES y los otros centros lograron preservar ese refugio de las garras del terrorismo estatal. En un trabajo que Andrés Thompson escribió, años más tarde, en el CEDES, se aventuraba que la supervivencia resultó del triunfo de la estrategia de las catacumbas, esto es, trabajos realizados en “circuitos cerrados” para un reducido público de académicos. Es probable que como los sobrevivientes de otras tragedias no alcancemos a explicar los misterios de esta supervivencia. Sin embargo, y aún cuando no podamos contestar con certeza a esta pregunta, creo necesario subrayar que, en el momento de la apertura democrática, el espacio, quizás reducido, que el CEDES y otros centros construyeron permitió contar con un cuerpo de conocimiento sobre lo que había ocurrido en esos años de oscuridad y con cuadros profesionales capacitados para brindar apoyo técnico a movimientos sociales, partidos y al Estado que el desmantelamiento de las Ciencias Sociales en el ámbito universitario había interrumpido. El refugio y espacio que crearon consiguió otro logro fundamental: convencer que la reflexión sobre lo social requiere para su realización, como diría Virginia Woolf, un “cuarto propio”.

El CEDES que yo conocí tuvo otro rasgo que me gustaría destacar. Creo que el entusiasmo que recuerdo de esos días se debe también a que en el CEDES la investigación so-

cial intentaba, como aconsejaba Wright Mills, relacionar la historia con la biografía. Si uno lee los títulos de la producción de CEDES podrá observar ese experimento. Las preguntas acerca de la forma de la autoridad estatal, acerca de las estrategias de supervivencia de los sectores populares, acerca de las relaciones de género, acerca del efecto disciplinador de las relaciones económicas, o de los laberintos éticos y políticos de la democratización son todas cuestiones que reflejan el desconcierto que la vida social provocaba en la biografía de sus investigadores. Las respuestas, esto es, sus trabajos e investigaciones muestran, en cambio, como los desconciertos que atravesaban sus biografías se relacionaban con el escenario histórico y social en el que se encontraban. A lo largo de los años la producción del CEDES ha reflejado esta intersección entre biografía e historia. Intersección que no solo guió y guía a la selección de los temas de investigación sino que también refleja el interés y la responsabilidad de sus investigadores con las consecuencias públicas de los problemas que nos afectan.

Acabo de mencionar varios legados públicos de la actividad del CEDES que aún hoy podemos disfrutar. La creación de un espacio de refugio y autonomía para la reflexión para la investigación social, el establecimiento de la legitimidad de la distinción entre la práctica de la investigación y la acción política; y una obra caracterizada por su calidad técnica y por la relevancia pública de sus preocupaciones.

Hay, sin embargo, otras dos cuestiones que me gustaría mencionar. A diferencia de los dos legados mencionados, estas otras tienen un carácter privado, o en todo caso, solo las disfrutamos aquellos que en algún momento tuvimos la suerte de participar en la vida de la cofradía. Oscar Oszlak invocaba siempre al “animus societatis”. Y es cierto, el CEDES lo tenía. Creo que el mejor lugar para observarlo era su tradicional “high table”. Un modesto te con galletitas salpicado con chismes y fogosas discusiones políticas, que en épocas de abundancia ocurría todas las tardes y en tiempos de crisis solo los martes y jueves. Y esto a pesar de que Juancho Llovet había calculado que el beneficio de suspenderlo no compensaba el costo que para el “animus societatis” suponía semejante interrupción. Era un evento infaltable. Kathryn Sikkink, que estuvo afiliada al CEDES mientras hacía el trabajo de campo para su disertación, solía planificar sus entrevistas en el campo preservando ese horario a fin de no perderse ninguno. Y aún hoy suele decir que fue en esas discusiones donde más aprendió sobre la Argentina. Cuando me fui del CEDES sabía que era uno de los momentos que más iba a extrañar. Vistos a la distancia, creo que esos encuentros tuvieron otra virtud que el ánimo relajado de los mismos nos impedía, entonces, apreciar. Convivían allí los precios del Potosí colonial de Enrique Tandeter, con los del desagio del Austral, los migrantes españoles de Dorita Schwarstein, con el “General González” de Oscar Landi. Seguramente en esos tres ocurrieron los debates más interdisciplinarios de la institución. El tono “decontracte” de los intercambios nos permitía abandonar los protocolos y ritos de la discusión académica, y daba lugar a que la mirada y el dialogo interdisciplinario se impusieran inadvertidamente.

El “animus societatis” tuvo también ceremonias cívicas. Recuerdo por ejemplo, una tarde de diciembre del año 85. Estábamos sentados en la sala de reuniones del quinto piso del Edificio de Pueyrredón escuchando en la radio la lectura de la sentencia del juicio a los ex comandantes. La autoconciencia de que estábamos viviendo un momento histórico inhibió aún a Oscar Landi. Ese día no pudo hacer chistes. Sin embargo, lo que quiero destacar de ese evento, es que la espontánea pero a la vez solemne reunión, se produjo porque sabíamos que estábamos viviendo un acontecimiento histórico que necesitaba ser compartido.

Finalmente, me gustaría mencionar a los maestros. Seguramente cada uno de los que en algún momento pasamos por el CEDES puede reconocer a los suyos. Yo, por ejemplo, se que entre los míos están Marcelo Cavarozzi y Elizabeth Jelin. Aún cuando haya habido otros en otros puertos, se que les debo a ellos algunos de los secretos del oficio. Aquellos que fuimos lo suficientemente afortunados como para acceder a la educación universitaria, sabemos que, aún cuando hayamos estado expuestos a las grandes ideas de cada una de nuestras disciplinas, el conocimiento de esa partitura no alcanza para acceder a los secretos de su ejecución. Esto último, los secretos de la ejecución, es un aprendizaje que requiere de un mentor que revele los misterios de su arte. La organización en equipos del CEDES permitía eso. En cada equipo, los discípulos podíamos observar la trastienda y aprender la artesanía. Esa práctica de transferencia de conocimientos, que en los inicios, se conformó espontáneamente, fue luego institucionalizada en el programa de formación de investigadores jóvenes. Más allá de la forma específica que adquirió dicha práctica, lo que quiero resaltar es que la relación de trabajo cotidiana entre investigadores formados y jóvenes fue para mí uno de los grandes legados del CEDES. Era el lugar donde podía observar no solo como nacían y se transformaban las ideas sino también la cocina y los esfuerzos que exigía su factura. Por eso creo, que al CEDES debemos reconocerle otro legado, más difícil de corporizar, la producción de habilidades para llevar adelante investigación social.

No tengo dudas que en un país en donde las personas se vuelven viejas tempranamente y las instituciones tienden a morir jóvenes, treinta años de una institución que ha producido todos estos resultados, merece indudablemente esta fiesta y un brindis.

› **María del Carmen Feijoo:**

Yo quiero también hacer presente la distinción de que me hayan pedido que me dirija a ustedes en este aniversario del CEDES. Quiero decir que no podría referirme a este aniversario del CEDES sin involucrarme yo de manera directa en la celebración, porque es mi modo de ver el mundo, y porque es mucho lo que el CEDES ha aportado a mi vida; de modo que me sentí muy cómoda con la consigna que me dieron, “hablá de vos y CEDES” y me parece que esto pone un tono de vida cotidiana que es otra de las caras de la relación con CEDES. A diferencia de lo que Oscar Oszlak y Catalina acaban de mencionar, yo llegué al CEDES de una manera totalmente distinta, casi totalmente azarosa, diría yo, luego de haberme repuesto, de haber aprendido a respirar nuevamente, en los años ´76 y ´77, y haber aprendido a respirar, sobreponiéndome a la pérdida del entorno académico y docente en el que yo me desempeñaba hasta ese momento y en el entorno de mi propia inserción en el mundo social que también se había roto. Así que empecé a trabajar artesanalmente en mi casa, tanto como una terapia de reanimación permanente, metiéndome en un tema que luego fue uno de los grandes temas que venían, como es el de la historiografía feminista y con mi primer trabajo publicado, quiero recordarlo ahora aunque es extra CEDES, gracias a la generosidad de Félix Luna y una pequeña beca de CLACSO, llegué a CEDES, para ver quién me podía acompañar, quién me podía orientar en la realización de este proceso de investigación, que hiciera que la platita que CLACSO había puesto en mí rindiera, para CLACSO y para mí, como formación académica. Así que así, azarosamente, llegué a CEDES. Recuerdo que cuando llegué lo que me impactó fue que era toda gente grande. Fantasía vana, porque se dan cuenta ahora que tenemos todos más o menos la misma edad, pero en ese momento a mí me parecía que había llegado a un lugar de gerontes, que no lo eran, pero que sí lo eran por el perfil intelectual que ya en ese momento habían alcanzado. Aún en el contexto de la Argentina de ese momento, los nombres que polulaban alrededor del CEDES, muchos de los cuales conocíamos ya de la universidad, tenían algo que decir sobre la realidad Argentina. Así que llegar ahí, era llegar a un... a un lugar de referencia, y era una fiesta llegar porque, como mis compañeros que hablaron ya han abundado en las restricciones que el contexto estaba colocando. De modo que, claro, el que tenía la dicha, como yo la tuve, de llegar a CEDES, con poca plata, con mucha plata, formando parte de una red, de manera aislada, no podía ignorar que estaba siendo privilegiado por una especie de don, que consistía, no sólo en ese momento en lograr un espacio para la formación, sino lograr un espacio de sociabilidad, lograr un espacio de intercambio, lograr un espacio de construcción de una mirada común sobre lo que pasaba en el país.

Quiero decir que para mí lo que fue extraordinario es que formar parte de ese equipo me permitió volver a salir a la calle. No había forma de salir a la calle a preguntarle a la gente qué le pasaba, que no tuviera un riesgo excesivo en relación al beneficio que la misma tenía. Con el modesto grabador en la mano, con los cassettes, muertos de miedo-bueno, por lo menos yo, muerta de miedo-, empezamos a salir a los barrios para ver qué era lo que estaba pasando en la Argentina y cómo eran los mecanismos de sobrevivencia cotidiana a la dictadura que en el plano económico destruyó al país y que en el plano político y cultural, destruyó una generación.

Tengo un recuerdo muy cariñoso de una vez en que ingenuamente fuimos con “Shevi” Jelin al Obispado de Quilmes porque queríamos tender algún tipo de red que en caso de ser necesario nos protegiera, era una ingenuidad..., de todas maneras fuimos muy bien

recibidas en el Obispado, fuimos acogidas con mucho cariño, y por lo menos alguien en el territorio sabían que nos estábamos lanzando a recorrer esos barrios que no se podían recorrer, esos barrios que no se podían caminar.

Así que, esto fue una ventana al mundo, y esta ventana al mundo la convertimos rápidamente en una estrategia, una cultura del refugio... Yo creo que ya en el año '79 –no pude revisar antes de venir-, estábamos haciendo un primer seminario muy modesto de difusión de resultados, o de debate de resultados, mejor dicho, al que ya se comenzaban a acercar otros sobrevivientes que habían quedado ahí por el circuito académico y que, tal como yo, que había llegado al CEDES azarosamente, buscaban reconstruir la saga de su propia historia personal y empezar a tener miradas propositivas hacia lo que se venía. En fin, exploración de hipótesis, búsqueda de caminos, construcción de mapas culturales compartidos. Recuerdo que al poco tiempo, ya en la democracia, eso es claro, demandados por efectores de políticas sociales, salíamos a las ocho de la mañana a dar charlas para asistentes sociales de escuelas, a trabajadores sociales de barrios, siempre en el marco del mismo esquema: mis colegas con sus papelitos impecables y yo con estas cosas, y Silvina diciéndome; “no podés hacer apuntes decentes, te vas a confundir y no vas a poder leer nada”.

Así que lo que también demostraba ese CEDES es que, aún en ese contexto, había una carrera posible, había una carrera -a la que ya se han referido mis colegas-, de formación en investigación, de debate sobre la escena pública, que era posible aún en el marco de esas contradicciones. Esta salida a terreno nos permitió también revertir la mirada de topadora absoluta que la dictadura militar había puesto, y nos permitió captar de qué manera otras prácticas políticas novedosas coexistían con lo que la dictadura había plantado y resignificaban y reactivaban viejos aprendizajes. En mi caso personal, de la investigación de sectores populares con “Shevi” Jelin, pasé directamente a trabajar en un barrio, en un proyecto bastante pionero de investigación-acción, con financiamiento externo de los holandeses, donde hicimos “Gente y Cuentos”, donde tuvimos en pequeña escala una experiencia, un tipo de experiencia, que fue común al desarrollo de las ciencias sociales en otros países de América Latina. De ahí, con Sara Hirschman y Lucas Rubinich, que hoy es el director de la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, reiteramos esa vocación, construimos una película, hicimos una película sobre la epopeya del barrio y creo que, por características probablemente personales y también de preferencias, fuimos los que mantuvimos más fuerte esa cercanía al lugar en el que se procesa la vida cotidiana. Por supuesto no estoy diciendo que hayamos sido los únicos que hicimos trabajo de campo, no hubo investigación -cada uno a su manera- en el CEDES que no la tuviera y creo que esto fue su fortaleza, el hecho de que la evidencia empírica recogida en el campo permitía a todos los investigadores, fuese cual fuese el área que fuera, interrogarse por las cosas que estaban pasando.

No quisiera tener una visión idílica del CEDES. Quiero decir, por ejemplo, que yo fui echada de La podrida, yo tenía ya de jovencita estrategias activas de discriminación positiva y como sólo jugaban muchachos, yo quería meterme ahí. Bueno, me echaron porque como yo jugaba sin reglas, no había forma de tener una estrategia, los hacía perder a todos; sufrí la discriminación.

Quiero decir que las cuestiones de cotidianidad que “Cary” y Oscar describen no fueron en el marco de una vida idílica, por suerte, porque sólo con muy poca pasión se puede transitar todo esto de un manera idílica. Y efectivamente, como dijo Oscar, los seminarios eran duros, las críticas eran duras. Oscar dice que yo me enojé con él un día que

me hizo comentarios a mi trabajo. Yo no me acuerdo, pero fue así, seguro que fue así, que yo me enojé, pero en todo caso, lo que el CEDES a mí me dio y lo he sentido en el número de colaboradores que a veces pierdo, fue un modelo tipo *ad astra per asperum*, las cosas hay que hacerla de la mejor manera posible. Claro, cada uno está plafonado, las puede hacer mejor hasta lo que puede, pero hay que hacerlas de la mejor manera posible y eso yo lo aprendí en el CEDES.

Ya sobre la democracia, y un poquito antes, vino la primera tanda de jóvenes investigadores, “Beto” Quevedo, “Lucho” Fara, de los que yo recuerdo, y nos metimos a trabajar también en una investigación dirigida por Jelín, sobre el tema de movimientos sociales. Quiero decir también que con frecuencia los cambios de paradigma conceptual que el CEDES atravesaba, nos expusieron a fuertes críticas de otros colegas, y esto sería muy importante recordarlo para reconstruir el mapa de construcción de circulación y legitimidad de los conceptos. Lo que estábamos discutiendo era un modelo de lectura y, para algunos, de intervención sobre nuestro país y era razonable que esto produjera conflicto, porque había gente que no estaba de acuerdo y era importante tener espacios para la discusión.

Veo por ahí a Hilda Sábato y quiero recordar con un cariño enorme la generosidad con que CEDES y CISEA se abrieron para una quijotada que fue colectiva, pero en la cual tuvimos una involucración personal muy alta, y fue el armado de un movimiento pro abolición del servicio militar obligatorio, en el que el CEDES nunca se involucró institucionalmente porque no correspondía, pero que abrió todas las puertas posibles para que este movimiento fuera exitoso.

Yo también tenía el recuerdo de Alfonsín, pero tengo un recuerdo igualmente cariñoso de esa época que era cuando a ese pequeño conventillo de Hipólito Irigoyen llegaba algunas mañanas un abogado que venía de la provincia de Buenos Aires con el aspecto de cansancio con que uno recorre los caminos bonaerenses, y que era el Doctor Alfonsín, después presidente de la República.

Malvinas, la transición a la democracia, la salida de muchos colegas al sector público, abrieron espacios diferentes que cada uno de nosotros fuimos tomando de acuerdo con nuestra vocación, de acuerdo con nuestra preferencia, de acuerdo con la forma en que cada uno de nosotros nos pensábamos. Las relaciones entre sociedad civil y Estado, y entre ellos el CEDES, como actor importante, atravesaron la dura década de los ´80. Recuerdo en este momento un instante de enorme alegría, que fue cuando muchos de nosotros entramos al CONICET, obteniendo así una especie de carta de ciudadanía con el reconocimiento en el contexto de la institución estatal que se dedica a la investigación pública.

Yo personalmente me fui alejando del CEDES, buscando otros objetivos, buscando otras metas, por la vía de CLACSO, tuve la oportunidad de llegar y coordinar en CLACSO el grupo de investigación sobre condición femenina... y agarré otros caminos.

Ese amuchémonos tan productivo que nos protegió a todos durante la dictadura, se abrió. Y en el abrirse, muchos de nosotros nos fuimos, buscamos..., tuvimos otras vocaciones, tuvimos otras ilusiones también, otro destino de vida. Afortunadamente, ahora la posición actual que ocupo me ha acercado nuevamente al CEDES, y en realidad debo decir, nunca la sombra protectora del CEDES dejó de acompañarme, porque no hay lugar del mundo ni lugar de la región al que yo vaya, y el máximo referente del cual sea el tema en el cual me esté involucrando sabe que CEDES existió, tuvo algún contacto con CEDES, conoce a sus investigadores y está dispuesto o dispuesta a abrir puertas sólo por



el hecho de registrarme ligada a CEDES

De modo que yo, lo único que quiero decir en estos treinta años es que estoy profundamente agradecida; CEDES cambió mi vida. Como todo cambio, no fue un cambio gratuito, pero buena parte de lo que he logrado ser, se lo debo a CEDES; y estoy muy feliz de poder hacer este reconocimiento colectivo.

Muchas gracias.

› **Roberto Bouzas:**

Quiero agradecer la invitación que Silvina y los amigos del CEDES me hicieron para decir unas palabras y quiero confesar también que siento una enorme responsabilidad y al mismo tiempo una gran satisfacción. La responsabilidad es por tres cosas distintas. En primer lugar porque, desde el punto de vista personal, es un momento especial....participar de esta ceremonia. También porque soy en único “outsider”, es decir el único que no ha pasado por el CEDES más que en la forma de visita, y eso me da, de alguna manera, la responsabilidad de representar las voces de los que no son el CEDES. Y en tercer lugar porque yo soy economista y no siempre la economía se lleva bien con las ciencias sociales, a pesar de que lo es. Entonces el hecho de que los colegas del CEDES hayan invitado a un economista a representar a los “outsiders”, y que ese sea yo, realmente me abruma.

Silvina me pidió que, como los restantes panelistas, hiciéramos una reflexión personal. Yo voy a comenzar con una reflexión personal. Hoy estamos festejando treinta años del CEDES y el 10 de agosto pasado yo festejé treinta años de que me fui de la Argentina a México, apenas graduado, a hacer mi posgrado en México y a trabajar en México, en el CIDE. Una estancia que iba a ser por un breve período se prolongó ocho años. En 1978, aprovechando la atención que había sobre la Argentina por el Mundial de fútbol, y después de tres años de no volver a la Argentina, hice un viaje a la Argentina para visitar a mi familia, a mis amigos, y una de las principales actividades de ese primer viaje de retorno, ya habiendo dejado atrás la etapa de estudiante recién graduado, una de las actividades principales fue ir al CEDES. CEDES se había creado, yo sabía que el CEDES existía, CEDES ya tenía tres años de funcionamiento, y yo con un enorme nerviosismo conseguí una cita con Adolfo Canitrot, y me reuní con él durante un buen rato a hablar de la situación de la Argentina y de lo que estaba sucediendo

Mientras yo estaba con Canitrot pasaban por ahí Guillermo O’Donnell, Oscar Oszlak, parecía una película, que yo venía de Marte, apenas graduado y todo esto estaba pasando a mi alrededor, y yo podía estar en ese espacio. Así que no tuve la sensación o la experiencia de ser un becario, o estar en proceso de formación, pero tuve esa sensación muy íntima de poder ser recibido, de poder ser atendido, de poder ser satisfecho y de poder interactuar con los que en ese momento eran los principales científicos sociales en la Argentina.

Pero lo que a mi me interesaba destacar de esta..., de este recuerdo histórico es..., y transmitir, es la enorme emoción que yo sentí cuando pude volver a la Argentina en el año ’78 y tener acceso a una conversación con un intelectual en una institución, o en la institución, en una de las pocas instituciones académicas que había en la Argentina. La modestia y la accesibilidad que este hecho revelaban en sí mismo, para un profesional joven que estaba apenas saliendo del huevo, fue un hecho que yo hasta hoy recuerdo con mucha emoción y con agradecimiento.

Decía Oscar Oszlak que treinta años es un número de años suficiente como para conmemorarla. Y yo creo que esto es absolutamente cierto por dos razones fundamentales. En primer lugar por la naturaleza de dónde se conmemoran esos treinta años. Nuestro país –y ya lo mencionaba también él- es un lugar en donde es mucho más fácil hacer que sostener, en donde es mucho más fácil producir iniciativas que mantenerlas en el tiempo, iniciativas no han faltado. Cuando uno mira la década del ’80, y toma registro de la proliferación, de la multiplicación de centros de investigación que se crearon y luego desaparecieron, esa sensación de permanencia aparece con especial intensidad.

Yo lo que quería también subrayar es que no sólo se trata de reconocer, valorar, festejar y hacer una fiesta, como decía Silvina, por estos treinta años del CEDES, sino que además creo que hay que hacer todas esas cosas por el tipo de treinta años que el CEDES ha cumplido; es decir: no por el contexto, por lo que ha pasado entre medio, sino por lo que el CEDES como institución ha hecho en estos treinta años. Y yo diría que ahí hay tres o cuatro características, rasgos del CEDES que..., que yo quería subrayar aquí. La primera, o el primero, es una tradición y una práctica de investigación independiente, y esto creo que es un valor de la mayor importancia en un mundo en donde crecientemente la independencia es un valor y es una posibilidad cada vez más abstracta o limitada. En segundo lugar, el CEDES ha sido una institución con una tradición de investigación rigurosa, y esto creo que en las condiciones en que nos movemos, también es un rasgo particular del tipo de treinta años que estamos conmemorando. Una institución que ha puesto su mirada a través de una lente interdisciplinaria, en donde el dialogo entre disciplinas es un aspecto, un componente fundamental para entender la realidad, y hay pocas instituciones que tienen capacidad de transformar eso en una práctica de trabajo y creo que el CEDES, en ese sentido, ha sido una experiencia exitosa, por lo menos visto desde afuera, ustedes conocerán todas sus internas.

Silvina decía que una institución es más que las personas. Sí, en la medida que duran las instituciones se transforman en más que las personas; sin embargo, las instituciones también son las personas, son las personas que las hicieron y son las personas que las mantienen vivas. Y yo quería hacer un homenaje especial a todas las personas que han contribuido a que el CEDES exista, a que el CEDES siga siendo una institución vital, y a todos aquellos que se van a tener que echar la bolsa al hombro en los próximos tiempos para no perder y no desvirtuar una tradición que creo que es el gran activo del CEDES, que es la tradición de ser una institución académica, independiente, rigurosa, con una mirada aplicada y con una perspectiva latinoamericana. Creo que este es el gran desafío, es de alguna manera lo que el CEDES ha hecho y por eso creo que este tributo también es además de a la institución, a las personas.

› **Cierre de la mesa redonda**
› **Silvina Ramos, Directora del CEDES**

Para cerrar esta mesa quiero compartir con ustedes algunas reflexiones y agradecimientos en nombre de quienes integramos actualmente el CEDES.

Nuestra institución se fundó con el ánimo de crear un espacio para contribuir con su trabajo de investigación al avance del conocimiento, al debate social y al diseño de políticas públicas. En estos 30 años, quienes formaron parte del CEDES hemos puesto los esfuerzos en esto, entendiendo que la mejor manera de hacerlo era respetando y haciendo respetar nuestra autonomía como investigadores y realizando nuestro trabajo con la mejor calidad académica de la que somos capaces. Nos animó la convicción de que la función social y la responsabilidad política del investigador se asienta en estos dos pilares; y así lo entendieron cada uno de los 200 investigadores que han formado parte de la institución hasta el presente.

También hemos trabajado para formar nuevas generaciones de investigadores. Por ello, a los pocos años de su fundación, se puso en marcha un Programa de Formación de Jóvenes Investigadores, del cual muchos de quienes estamos aquí hemos sido beneficiarios. Un programa que estuvo y sigue estando guiado por la idea de que la mejor forma de aprender a investigar es investigando, de la mano de quienes ya están formados. Así, se han formado alrededor de 150 investigadores jóvenes, muchos de los cuales están en este auditorio y a quienes queremos agradecer su compañía. En los últimos años, esta tarea de formación se diversificó para desarrollar programas de posgrado en colaboración con otras instituciones académicas. Así, en 1997 se pusieron en marcha dos iniciativas: la Maestría en Ciencias Sociales y Salud en colaboración con FLACSO Argentina, y el Posgrado de Especialización en Organizaciones Sin Fines de Lucro, en colaboración con la Universidad San Andrés y la Universidad Torcuato Di Tella.

La historia del CEDES fue la historia de este país. Historia signada por escollos de diverso tipo que cada uno de ustedes conoce bien. Algunos de nuestros investigadores tuvieron que dejar el país, otros pudieron quedarse y seguir trabajando más o menos disimuladamente (por usar una expresión elegante). También en esos años difíciles recuerdo que se discutía si era prudente o no poner una placa que dijera CEDES en la puerta del edificio de la calle Hipólito Irigoyen; recuerdos difíciles de esos años negros de nuestro país.

La recuperación de la democracia dio al país y obviamente también a nosotros, nuevos aires, nuevos desafíos y nuevas oportunidades. Recuerdo también que además de salir entusiastamente a dar clases a la universidad y de encarar nuevos e inexplorados canales de colaboración con el estado, quienes dirigían la institución en ese momento decidieron preservarla, con la convicción de que, independientemente de las nuevas responsabilidades que se nos presentaban, era útil mantener al CEDES como centro académico autónomo. Y no fue fácil convencer a nuestros donantes que esta era una buena opción...

La vida en democracia no estuvo exenta de dificultades, algunas económicas, otras políticas y algunas otras más propiamente institucionales. Pudieron sortearse y estamos ahora cumpliendo 30 años.

El CEDES es actualmente una cooperativa de 60 investigadores y 20 becarios, quienes desarrollan actividades de investigación, entrenamiento de recursos humanos, consultoría, difusión y advocacy. También tiene un equipo de gente clave para la vida cotidiana del centro. Todos ellos merecen un especial reconocimiento por la dedicación con la que asumen sus tareas y contribuyen así a sostener la institución.

En estas palabras de cierre quiero también recuperar gratos recuerdos de las múltiples ayudas que recibimos a lo largo de estos 30 años, ayudas que hicieron posible sostenernos y fortalecernos como institución.

Queremos agradecer muy especialmente a la Fundación Ford, quien nos ayudó de las más variadas formas a lo largo de toda nuestra historia: con becas para que nuestros investigadores se formaran en el exterior, con subsidios institucionales, incluyendo el que nos permitió comprar el edificio, y con apoyo a nuestras investigaciones y al Programa de formación de investigadores. Muchas gracias Augusto Varas por acompañarnos en esta celebración.

También queremos agradecer a las fundaciones que apoyaron al CEDES en sus inicios y contribuyeron a su consolidación. Al SAREC, la agencia de cooperación sueca; gracias Enrique Ganuza por acompañarnos hoy. Al IDRC, la agencia de cooperación canadiense. A la Fundación Kellogg; gracias Andrés Thompson por tu presencia en esta fiesta. A NOVIB, la agencia holandesa y a la InterAmerican Foundation, así como a muchas otras agencias, a los organismos del sistema de Naciones Unidas y a los organismos multilaterales que han confiado en nosotros.

Nuestro agradecimiento al CONICET, quien apoya a muchos de nuestros investigadores; muchas gracias Dr. Charreau por acompañarnos hoy. Y a la SECYT, que en los últimos años ha contribuido a nuestro fortalecimiento institucional.

Nuestra gratitud también a la comunidad académica de este país y de otros países por haber discutido nuestras ideas y habernos nutrido con este intercambio.

Por último, también queremos agradecer la presencia

- › Del Ministro de Salud y Ambiente de la Nación, Dr. Ginés González García
- › El Intendente de la Ciudad de San Pablo, Dr. José Serra, quien ha investigado con nosotros y es amigo de la casa desde hace muchos años.
- › El Vicecanciller Dr. Jorge Taiana
- › La Viceministra de Salud y Ambiente de la Nación, Dra. Graciela Rosso
- › La embajadora Juliana Di Tullio
- › El Secretario de Industria, Dr. Miguel Peyrano
- › La Subsecretaria de Programación Técnica y Estudios Laborales del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad, Lic. Marta Novick
- › El Subsecretario de la Pequeña y mediana Empresa, Dr. Federico Poli
- › El Subsecretario de Programación Económica, Dr. Sebastián Katz
- › La Presidenta del Consejo Nacional de la Mujer, María Luisa Colombo
- › Los diputados y senadores de la Nación
- › Los representantes de las agencias de Naciones Unidas
- › El rector de la Universidad de Buenos Aires, Dr. Guillermo Jaim Echeverry
- › El rector de la Universidad de General Sarmiento, Dr. Silvio Feldman
- › Los decanos de las facultades de Ciencias Económicas y de Ciencias Sociales

Para concluir, queremos compartir con ustedes dos alegrías:

En primer lugar, gracias al apoyo de la Fundación Antorchas y la dedicación de nuestra bibliotecaria, seguidora del camino trazado por nuestra primera bibliotecaria Leonor Platte, queremos anunciarles la inauguración de la nueva biblioteca del CEDES. Esta biblioteca, abierta a la comunidad académica y a los estudiantes, llevará el nombre de nuestro querido y extrañado Oscar Landi, en homenaje a su creatividad y agudeza intelectual, su humor y su gratísima compañía de muchos años.



También queremos compartir la alegría de haber podido digitalizar toda la producción académica del CEDES para hacerla disponible en nuestra página web. El pensamiento de quienes han conformado nuestra institución en estos 30 años es lo que tenemos para ofrecer a la comunidad académica, a los estudiantes que se están formando y a la sociedad en su conjunto. Estamos muy felices de poder mejorar la accesibilidad a estos materiales (la amplísima mayoría de los cuales está agotado) y queremos agradecer a la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires su apoyo, y compartir este logro con ustedes.

Los invitamos ahora a compartir el cocktail y si algunos de ustedes quieren dejar algunas palabras sobre esta celebración grabadas para el recuerdo, están muy cordialmente invitados a expresarlas en el video que estaremos filmando durante el cocktail.

En nombre de mis colegas y compañeros del CEDES, muchas gracias a cada uno de ustedes por acompañarnos en esta fiesta y por habernos acompañado en estos 30 años de vida académica.